

Juan Carlos Lázaro

30-11-2023

Sr. Presidente, Sras. y Sres. Académicos, apreciados amigos, buenas tardes a todos.

Hemos oído la voz y la palabra llena, sincera, de un pintor verdadero, al que llegan a posarse, como pájaros curiosos, muchas de las preguntas que aún buscan el remanso de una serena y honda reflexión. Cree nuestro amigo el pintor frexnense Juan Carlos Lázaro, y cito sus palabras, que "con demasiada frecuencia olvidamos hablar de qué es lo que experimentan y sienten los pintores mientras pintan". Y podría ser ésta la voz de La Pintura, sin embargo es la voz de la experiencia personal quien les invita a pensar la pintura, a indagar en la verdad de la imagen pintada, de cómo se hace luz la materia que casi, en sus cuadros, no toca el lienzo.

El propio artista ha glosado su recorrido. Sé que no quiere en absoluto que les aburra, y vuelvo a citarle, "con insustanciales pasajes biográficos carentes de interés". Con esta premisa evitaré datos que nos alejen de asuntos que nos importan más. Cursamos juntos los años de formación académica en la Facultad de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría, en Sevilla. Algunos de aquellos años de aprendizaje, si bien puede decirse que todos los años lo son en grado variable, lo fueron también de estrecha convivencia y en muchas ocasiones pintamos codo con codo, incluso llegamos a servirnos mutuamente de modelo (aún conservo un retrato a carbón que me hiciste en el comedor de la pensión donde convivimos dos cursos).

En ésta y otras muchas vivencias conocí las inquietudes de un joven con gran determinación y nobles objetivos en el arte de la pintura, que venía de resolver la enésima síntesis gráfica de la torre del castillo de Fregenal de la Sierra. Como Cézanne hizo con la Sainte-Victoire, él quería elevar su Torre del Homenaje a emblema, un símbolo espiritual del artista frente a su mundo. Su forma de mirar las cosas no era entonces, ni lo es ahora, la de un pintor cualquiera y eso se hacía notar en la progresión de su estilo y la exposición

constante de sus intenciones y anhelos. Su iniciación artística, como muy bien él ha contado, tiene lugar en su pueblo natal, Fregenal de la Sierra, en Badajoz, a la buena sombra de un buen árbol, el pintor Eugenio Hermoso, y el sabio consejo de Manuel Parreño. En la mente y el corazón, Velázquez, Goya, Ortega Muñoz, Barjola, y la mejor tradición del arte español. Su talento no le disponía solamente a explorar, ya lo hemos comprobado, sino a asimilar unos cuantos siglos de pintura.

Juan Carlos Lázaro sabía bien entonces que una facultad de BBAA no era sino un punto de partida, como también un lugar de encuentro. Encuentro con el conocimiento, encuentro con aquellos otros caminantes de inquietudes vecinas y sueños paralelos. Y el afán de búsqueda, de volar, que ha sido una constante en su investigación plástica y hoy sigue siendo el impulso de su indagación pictórica.

Su propósito siempre fue un férreo compromiso consigo mismo: abrir los ojos y el alma al lenguaje de la pintura. Es la motivación para viajar que el propio Juan Carlos les ha mencionado, buscando el encuentro directo con los pintores y su obra, ver con sus propios ojos, dejar hablar a la materia, escuchar las resonancias...para usar sus propias palabras, "empapar la mirada": el encuentro con Matisse en Italia, con Gauguin en París, con Van Gogh o Rembrandt en Holanda y otros grandes maestros en tantas otras ciudades europeas, a las que viajó muy poco después de finalizar los estudios de Bellas Artes, propiciado por una Beca del Ministerio de Educación y Ciencia.

La sola posibilidad de nutrir el diálogo con los artistas muertos es a través del alimento que proporcionan sus obras. Lázaro comprende que la legítima aspiración de un joven pintor hambriento, - hambriento de pintura - debe colmarse cargando todo el sentido a este diálogo siempre abierto, reflexivo, atemporal. Viendo, leyendo, oyendo atentamente la cadencia minuciosa de cada nota de luz o de sombra que ha de impregnar nuestro ser y lo va consolidando gota a gota, desde de la mirada. Así con los muertos como con los artistas vivos, los amigos a los que iré aludiendo, y con los que comparte el aprecio de cada gota de vida.

El año 1987 pone fin a un periodo de aprendizaje académico, que sin embargo enciende fuegos nuevos en el ánimo del joven Juan Carlos, que pronto se anima a exponer sus pinturas, decidiendo participar entonces en algunos importantes concursos en los que ya se reconoce su talento. En los 90, ya forma parte del elenco de pintores de algunas galerías de arte en Madrid, aún en plena ebullición post- o trans- movida. Como rezaba aquella canción de Franco Batiatto, Lázaro buscaba entonces “su centro de gravedad permanente” entre los vaivenes de lo posmoderno, si bien sentía una sincera curiosidad intelectual por los conceptos y las estéticas de lo nuevo.

A mediados de los años 90 forma parte de una Mostra de pittori spagnoli en Ispra - Varesse -. En Italia suele ocurrir que sufrimos (no necesariamente en la manera de Stehndall) un encontronazo con la belleza, concepto que los nativos cultivan con apasionado fervor. Muy cerca en ocasiones a la íntima melancolía de Giorgio Morandi, Juan Carlos Lázaro aprecia la belleza de los objetos sencillos desde una luz atemperada que mucho tiene que ver con la abstracción, debida al ejercicio del dibujo. Juan Carlos reconoce el influjo italiano, en la medida en que es en Italia, donde comprueba el efecto de ciertas “impresiones”, una particular visión de la luz y su corporeidad, que le animan a dibujar, antes que pintar. Y he utilizado la palabra impresión con la intención que uds. habrán podido intuir, dado el “parentesco” con aquellos dibujos de Georges Seurat, el pintor autodenominado cromo-luminista, y al que nuestro pintor también se aproxima, con el tacto suave de su mirada. “Tú eras prisionero de esa nebulosa y te digo que se volverá a presentar con el tiempo. Hay algo que te perseguirá siempre, lo primero que descubres. Volverá a surgir.” Juan Carlos habrá reconocido estas palabras que le dedicó su amigo el pintor canario Cristino de Vera, con quien mantuvo larga correspondencia y que dio origen a un precioso librito titulado “Desde la luz”, cuya lectura les recomiendo vivamente.

Es notable en Juan Carlos Lázaro la dedicación al ejercicio del dibujo. En muchos aspectos, elemento fundamental de su obra, de sus investigaciones y avances.

Emprender la marcha por los caminos del arte supone la visión de paisajes cambiantes y horizontes siempre por alcanzar. El mismo Morandi, nos dijo que se puede llegar muy lejos viajando sin llegar a ver nada, pues lo importante no es ver muchas cosas, sino mirar las cosas con intensidad. La pintura trata también de la necesidad misma de comprender el tiempo, una experiencia de vida que va transformando nuestra visión y nuestro modo de decir las cosas. Y decir las cosas con pintura no es hablar con palabras. Dedicó mi amigo Juan Carlos algunas de sus reflexiones a la dificultad de entablar lo que se piensa o se dice con aquello que emerge del misterio. Con sencillez pero inequívocamente, declara su amor cierto por la pintura. "Lo que quiero es ampliar la resonancia de la propia pintura al máximo, liberarla de interferencias. Dejarla lo más sola y lo más en silencio que sea capaz. Para que así se vea y se escuche mejor. Para que sea ella sola la que genere el clima, la temperatura necesaria para transmitir sensaciones, mediante el efecto que en el espectador procuren los colores y las formas."

Le acompañan las palabras del poeta Santiago Gómez Valverde : "Balbucea el silencio hasta que aprende a hablar".

Volviendo al relato de Juan Carlos Lázaro entendemos que el camino emprendido, como sugería Machado en su célebre poema, es solo un camino de ida, si bien, que desde un punto del trayecto podemos obtener una perspectiva singular de lo ya caminado.

En todo caso, es encomiable que un pintor reconozca y acepte volver la mirada sobre aquellos artistas a los que antes ha menospreciado o ignorado, cuando afirma Lázaro que al principio no entendió a Miró. Creo oportuno recordar que el propio Joan Miró (sobre todo en su etapa más surrealista) había declarado su desprecio por Cézanne, al que consideraba un vulgar pintor de manzanitas y paños. Mas tarde se apresuró en reconocer el alcance de su obra, que acepta, guió los pasos de todo el arte moderno.

Le decía a Juan Carlos su amigo el pintor Cristino de Vera: "Te encontrarás muchas veces solo. Vuelve a tu interior y te darás cuenta de que no estás solo. Haces lo que haces para purificarte a ti mismo". El pintor sigue el camino, no sin pensar que ha errado en la elección del mismo, si es que piensa que -en el fondo- ha podido elegir. Saberse guiado

(en palabras de Cristino de Vera) "por el dictado del espíritu, del alma. La realidad en si no interesa."

Desde la celebración de su primera exposición individual, de título manifiestamente autobiográfico, "En torno a un temperamento obedecido", la reflexión -- que no la teorización-- y, por qué no decirlo, una clara intención poética del acto (o del hecho) pictórico, han acompañado cada una de sus pinceladas. La singular atmósfera envolvente desde la que sus cuadros respiran el silencio de los lugares y las cosas, nos hace dudar de cualquier certeza.

Su obra es objeto de un interés creciente entre los amantes de la gran pintura. Su relación como autor con algunas importantes galerías nacionales e internacionales es extensa e intensa. Al interés por su trabajo se han ido sumando muchos autores, intelectuales, críticos, expertos e historiadores, también pintores, que no pierden de vista cada aparición de su obra. Entran todos en su pintura con la luz como guía y la palabra como pretexto, para tratar de llegar al fondo mismo del pensamiento plástico, allí donde habita el ánimo indisoluble de un pintor de largo recorrido, corredor de fondo, como le ha definido Juan Manuel Bonet. Esta obra se ha hecho con un lugar en tantas galerías como ha sido invitada, sin hacer ruido, desde el hondo silencio o el eco liviano de la resonancia. Francisco Calvo Serraller, Tomás Paredes, Carmen Pallarés, Miguel Fernández Cid, José María Parreño, Cristino de Vera, Luis Canelo, Paco Lara-Barranco, y el ya citado Juan Manuel Bonet (nuestro correspondiente en Madrid), entre otros, han dedicado excelentes textos a sus pinturas. Alguno de ellos, como el de Javier Cano Ramos, doctor por la Universidad de Extremadura y Director del Centro de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de la Junta de Extremadura, se resuelve en una estupenda monografía sobre su obra, "La pintura como resonancia" (2020).

Actualmente han podido verse sus pinturas y dibujos en algunas importantes salas de exposiciones. A la recién clausurada exposición retrospectiva en el Museo Gustavo de Maeztu: "Universo Silente" hay que sumar la que actualmente sigue en curso en la Sala Parés de Barcelona, galería de arte ésta que se precia de ser la primera en España, que

acoge como decimos, una muestra de sus pinturas y dibujos más recientes (2021-2023) prologada por el poeta José Corredor-Matheos, quien nos anota que “es uno de los pocos casos de creador plástico que nos reconcilia con el placer de la pura y simple contemplación”.

También participa en la exposición colectiva VIDA Y COLOR, que reúne la Fundación Chirivella Soriano en el Museo de la Ciudad de Valencia, todo un elenco de artistas en torno a las cuestiones, siempre vivas y candentes, del cromatismo en la pintura. Junto a las obras de José M^a Yturralde, Jordi Teixidor, José M^a Sicilia, Gustavo Torner, Luis Feito, Gerardo Rueda, Rafols Casamada, Fernando Zobel, José Guerrero, Esteban Vicente, Luis Gordillo o Mompó, entre otros grandes autores, podemos ubicar más alta y justamente la pintura de Juan Carlos Lázaro.

Pocas pinturas, a las que nombra Lázaro con un número ordinal de ejecución, portan ya un título que las distraiga de lo que son en esencia: materia pigmentada aplicada sobre el lienzo, color que escapa entre la luz. Sus cuadros se constituyen en imágenes curiosamente persistentes, a pesar de su levedad y al margen de las palabras que pudieran querer inducir un relato inexistente; estas imágenes tienen un gran poder evocador, dejando tras de sí un rastro de luz que sin duda alimenta nuestro gozo contemplativo. Bajo una piel de cremosidades diáfanas, la levedad de las pinceladas exploran la luz y el silencio interior. La pintura actual de Juan Carlos Lázaro no es el retrato de la disolución – desaparición, en términos de liquidación de la pintura--, sino justamente lo contrario: el ejercicio de devolver a la pintura aquello que se le ha ido arrebatando. Juan Carlos Lázaro es un pintor de hoy, pero inconforme con ésta nuestra época, tan ruidosa en imágenes, decidió alejarse en silencio, emprendiendo un vuelo que tal vez le acerque a una anhelada soledad de pintor raro. Su pintura habrá de ser por si sola o no será. Una travesía de la luz. Un vuelo hacia lo alto.

El extraordinario ensayo de Ramón Gaya, *Velázquez pájaro solitario*, de cuyas palabras mana una cristalina lección de pintura, tan pura y profunda que puede hacernos temblar, toma su título de los *Dichos de Luz y Amor*, de San Juan de la Cruz, donde el

místico describe las condiciones de esta rara avis: "Las condiciones del pájaro solitario son cinco: la primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente."

Podría parecerse ese anhelo a aquella "alta nota amarilla", perseguida tanto tiempo por Vincent Van Gogh, color imposible para el pintor, la nota inalcanzable para el cantor, que raya en la mudez o el silencio, como una luz deslumbrante, el alto vuelo de un pájaro solitario e invisible.

Celebremos la pintura como fuente de conocimiento y hábitat natural de la luz, donde la imagen re-elaborada en el interior es devuelta a la superficie de los ojos, con una vida nueva en la mente de quien accede a ella. Ustedes han podido ver las imágenes, que no los cuadros, salvo éste que con tanta generosidad nos lega a la Academia, ésta que es su Academia de Bellas Artes de Málaga. Es nuestro deseo que no tardemos ya en ver una exposición de sus cuadros en nuestra ciudad, que ahora le acoge en esta noble institución, desde donde le abrazamos y le animamos a continuar con la hermosa tarea de hacer la luz de su pintura.

Muchas gracias.